

## CAPITULO XLV.

### EL CAUTIVERIO.

Toda la caballería de Rocha mandada por el general Tolentino estaba montada y había formado martillo á unos 300 metros distante de nuestros carros, que podia designarse como el centro del campamento de Treviño. Llegamos á aquel sitio y el ayudante de Rocha Señor Buzo cumplió con las formalidades de entrega del prisionero condenado á muerte, hablando unas cuantas palabras con Tolentino, quien dispuso á su vez que fuera entregado al oficial que mandaba la escolta que debia verificar la ejecucion. Esta escolta estaba pie á tierra y luego que yo llegué á colocarme á su frente se dió á mi presencia orden de que se cargaran las armas.

Aquello presentaba el aspecto mas formal, podia decirse que la sentencia que se habia pronunciado era

inapelable y yo sin embargo con la conciencia íntima de que aquella no era la hora que el destino había fijado definitivamente para cortar los hilos de mi existencia, permanecia tranquilo, casi indiferente, presentando todos aquellos pormenores, como si se tratara de ver una parada militar.

Estaban practicándose las formalidades de la entrega, cuando acertó á pasar cerca de mi el general Tolentino.

—General, le dije, ¿no ha recordado vd. que fué recibido en un templo de masones en México, en que yo trabajaba, y en que pronuncié un discurso en la solemnidad de su recepcion?

—Si lo recuerdo, me contestó.

—Y bien, ¿recuerda vd. á la vez cuales son sus deberes masónicos?

—Es verdad, y ya me he empeñado en vano con el general Rocha.....

—Pero vd. es el que vá á fusilarme!

—Corro á ver si logro conseguir algo.

Y puso su caballo al galope con direccion á la casa del rancho donde se oian los acentos de la música y el rumor de los brindis de los generales.

No le recordaba igualmente lo de nuestro encuentro en Ixtlan, porque no trataba de que me pagara un favor, sino de que cumpliera con una obligacion.

Como no tenia ninguna fé en lo que pudiera hacer Tolentino, pensé en otro recurso mas eficaz y le dije entonces á Buzo:

—Quisiera vd. hacerme un servicio?

—El que vd. quiera, me contestó con decision, siempre que esté en mi mano.

Voy á referir una pequeña circunstancia que habia influido anteriormente, para que entre Buzo y yo existiera un sentimiento de simpatia. Siendo tambien ayudante de Rocha, fué herido y hecho prisionero en la accion de San José, y objeto entre nosotros de muchas consideraciones. Teníamos el general Martinez y yo un carruage y en este hacíamos Buzo y yo algunas jornadas, participándole de mis alimentos y ministrándole algunos cuidados. Sabia por lo mismo que su ofrecimiento era sincero.

—Lápiz y papel, le dije.

Me proporcionó ambas cosas y escribí dirigidas á Rocha algunas palabras de inteligencia. Acababa de recordar que el general era tambien mason, aunque por cierto en aquellos momentos no tenía confianza alguna en que diera mas obediencia á los preceptos de esta institucion que á las instrucciones que tenia del gobierno. Pero era preciso, visto aquel formidable aparato, intentar todos los recursos que se prestaran para mi salvacion.

—Esto para el general Rocha, dije al capitan Buzo, pero ántes se necesita suspender la ejecucion. ¿Puede vd. hacerlo bajo su responsabilidad?

—Sí, me contestó y dijo unas cuantas palabras al oficial que me habia recibido.

Este, no obstante, mandó traer unas reatas y dispuso que entre dos soldados me ataran fuertemente de los brazos y de las piernas, tirándome del modo

mas rudo sobre el piso. Esta escena la presenciaron mas de seiscientos hombres que daban frente al lugar de la ejecucion.

Como mayor lujo de seguridad, por si no bastaran los ochocientos hombres que me custodiaban, ni las cuerdas que me sujetaban las piernas y los brazos, aquel bravo oficial acercó dos centinelas que debian estar con el arma al brazo á quienes dió esta orden.

—Al primer movimiento que haga el condenado, ¡fuego!

Aunque supe entonces el nombre que llevaba ese energúmeno, procuré olvidarlo. Hay monstruos así entre los séres vivientes, que deberian causar vergüenza á toda la humanidad.

Sería el instinto que me ha hecho ser admirador del bello sexo, sería que mi interior tranquilo me daba ánimo, ó sería una curiosidad pueril; pero cuando pasó cerca de mí, montada en un soberbio caballo, una hermosa dama que segun supe despues era querida del general Tolentino, me incorporé ó procuré incorporarme, olvidando las instrucciones que tenian mis guardianes, quienes llegaron á preparar sus Remington y seguí absorto contemplando á la hermosa sílfide que se me aparecia en aquellos momentos como una deidad, hasta que desapareció detrás de la caballería, sin hacer por mi parte el menor caso de aquellos bárbaros que estaban ya listos á disparar sobre mí, solo por el atrevimiento de fijar mis ojos en tan bella y elegante señora.

En el movimiento que habia hecho, á pesar de mi exigente oficial, quedé con la vista fija en direccion al rancho de donde esperaba mi salvacion, y á pocos mo-

mentos columbré el rojo vestido de Buzo: detrás de él venia un hombre vestido tambien del mismo color. Cuando se aproximaron reconocí al general Rocha en persona.

Buzo llegó el primero y dió la órden de que me desataran. A mi me dijo simplemente:

—Viene el general.

El general llegó y ayudó personalmente á acabar de desatarme sin que pareciera llamarle la atencion tal procedimiento.

No medió mas que una simple explicacion entre nosotros, reducida á estas cuatro palabras:

—Es vd. mason? me preguntó.

—Sí, le contesté.

Respondí á sus señales y me dijo llanamente.

—Vuelva vd. á su sitio.

Sin esperar á mas, eché á andar por en medio del campo sin que ninguna escolta me custodiara. Al llegar al lado de mis compañeros, y esto era ya cerca del oscurecer, habiendo durado mi martirio unas cuatro ó cinco horas, todos los que me estaban creyendo difunto, recibieron la mas viva sorpresa. La preocupacion que les dominaba les habia hecho creer que habían oído una descarga una hora ántes y todos habian caído de rodillas y habian orado por el eterno descanso de mi alma.

Cuando llegaron á convencerse de que realmente era yo, pues algunos sin dar entero crédito á su ojos me tocaban, empezaron á abrazarme, sin que dejara uno de hacerlo y derramaron lágrimas de enterneci-

miento. Además de un gran ascendiente había engendrado, pues, verdaderas simpatías entre mis compañeros, lo cual me envanecía. También es verdad que consideraban lo que acababa de pasar como un milagro, diciendo que no había ejemplo semejante atendida la rigidez del general Rocha en campaña.

¡Nunca habia dejado sin obedecer alguna de aquellas órdenes de muerte que con tanta facilidad comunicaban Juarez y sus ministros contra sus adversarios en política! El milagro no podia ser mas patente.

Continuamos en los carros nuestra marcha para la ciudad de Monterey á donde llegamos en los últimos dias del mes de Junio. En la garita que queda algo distante, hicimos alto y se nos mandó echar pie á tierra, no obstante que acababa de llover y las calles estaban llenas de charcos. Entonces se nos formó en doble hilera colocándonos en el centro de la columna y con una fila de soldados á nuestros flancos. Así entramos á Monterey, recorriendo la ciudad en varios sentidos, precedidos de la música y entre cohetes y repiques, como si se tratara de un convite de circo por una parte y por otra de algun acontecimiento extraordinario.

Las gentes de Monterey, lejos de insultarnos al ver que tanto se nos paseaba por las calles como si fuéramos animales raros, lejos de injuriarnos como se deseaba, nos compadecian, y señoras habia que cerraban luego sus ventanas y se metian llorando.

La gente del pueblo se contentaba con exclamar:

—¡Pobrecitos!

—Para qué los estarán haciendo pasear tanto?

—¡Ya apenas pueden de cansados!

Por fin llegamos á una casa vacia, en la cual se nos introdujo, cubriéndose todo de guardias y de centinelas. Se nos hizo saber que la cárcel pública no ofrecía seguridades ni amplitud para contener á sesenta prisioneros peligrosos y que por eso se había improvisado aquella casa en prision. Estaba en un punto céntrico y rodeada de los cuarteles. De allí á la plaza principal, á la casa de gobierno etc. no habia mas que un paso.

Nos tiramos para descansar en el suelo sucio, puesto que no teníamos otros muebles, y apenas el ángel de la resignacion que acompaña á los desgraciados había permitido que el sueño cerrara nuestros cansados ojos, cuando vino un soldado á despertarnos diciéndonos que allí estaban unas comidas. En efecto, de varias casas particulares nos mandaron de comer régiamente, y á mí que era ya un poco conocido en aquellos rumbos, me mandaron tambien un catre y una muda de ropa. ¡Cómo es cierto que por cada malvado que hay en la tierra surgen cien almas buenas y caritativas dispuestas á enjugar las lágrimas del que sufre! ¡Cómo es cierto tambien que donde hay un tirano que oprime y martiriza, hay criaturas humanas revestidas de otra naturaleza, que no ven en las otras criaturas mas que á hermanos á quienes es preciso tender una mano cariñosa que endulce sus penas!

Cuando mas estábamos saboreando los agasajos de

aquellas buenas gentes, llegó la órden de que nadie entrara á hablarnos sin permiso escrito, de que no se nos llevaran comidas sin la misma formalidad y de que nada se introdujera á nuestra prision que no fuera escrupulosamente registrado, prohibiéndose nos terminantemente que tuviéramos armas, papel, tinta, cortaplumas, camas de laton ó fierro, con escepcion de la mia y sobre todo ninguna clase de vinos y licores.

Teníamos una ventana á la calle con réjas de fierro y allí se puso un centinela que no debia permitir que nadie se aproximara ni de dia ni de noche.

Yo y los gefes de mas graduacion ocupábamos la sala: el resto de los prisioneros ocupaban una recámara y en otro cuarto que tenia puerta para el patio se puso á los enfermos.

Yo seguía haciendo cabeza en la prision y encargado de repartir el haber de cuatro reales por persona cuando habia dinero.

Como las precauciones de rigor que se desplegaron contra nosotros fueron despues de que nos habíamos puesto en contacto con infinidad de personas, resultó que ya estábamos provistos para entonces de armas, de dinero y de cuanto necesitábamos para dar desarrollo á cualquiera de los muchos proyectos que constantemente estábamos urdiendo.

El que tomó mas consistencia fué el de pronunciar nos con la guardia que nos custodiaba que estaba de acuerdo con nosotros y con nuestros soldados prisioneros entre los que habia un oficial que los encabezaba que seguía pasando por soldado raso.

La combinacion era buena, salvo el poco conocimiento que en nuestra mayor parte teníamos de la localidad. Pero como podia fracasar era necesario tomar algunas precauciones que aseguraran la huida despues de la derrota.

Entonces me valí de un amigo de confianza, del Lic. D. Jesus Jimenez al cual confié todo nuestro plan, encargándole de que nos tuviera cuando menos dos caballos ensillados para mi y el coronel Martinez que éramos los que mas peligro corríamos en caso de un fracaso.

Jimenez salió gustosísimo á cumplir con su comision. El golpe se daría en la noche de la mañana en que le habíamos comunicado nuestros proyectos.

Pero tal fué la alegria de nuestro amigo, que roció su almuerzo con mas espíritus de los que eran necesarios, se entusiasmó con nuestro plan y faltó á las leyes serenas de la discrecion: ¡lo contó todo no por hacernos perjuicio sino arrastrado por el entusiasmo! Era un secreto que no podia caber en su pecho, que se hacia pedazos de gusto, y se le escapó en frases imprudentes.

Media hora ántes del momento preciso, cuando apenas acabábamos de correr la palabra de orden, desde nuestro alojamiento hasta el Hospicio donde se encortraban los otros prisioneros, se presentó una guardia muy reforzada de fuerza federal, para relevar á la del Estado que nos custodiaba.

Ya no era una guardia de veinticinco hombres la que nos vigilaría sino dos de á 50 completamente re-

forzadas. Una ocupaba la parte baja y otra la parte alta. Es decir habia dos soldados para cuidar á cada prisionero.

Inmediatamente se procedió á hacer un riguroso registro en la prision sin que se hubiera podido encontrar cosa alguna que inspirara sospechas ¡y teniamos allí quince ó veinte pistolas!

Desde ese fatal dia se aumentó espantosamente el rigor con que se nos trataba, impidiéndonos toda comunicacion con el exterior; todo el dia se oia la voz de llamada al cabo cuarto dada por los centinelas por el asunto mas insignificante: se nos colocaron centinelas dentro de las habitaciones y por la tarde á las seis y cuando mas tarde á las siete éramos encerrados.

Entonces los graves planes de rebelion tuvieron que convertirse en humildes proyectos de fuga.